

NO SÓLO DE EUROS VIVE EL HOMBRE. IDENTIDAD HUMANA E IDENTIDAD EUROPEA: UNA TAREA PENDIENTE.

Luis Miguel Arroyo. Universidad de Huelva

La imposibilidad de examinar el presente con perspectiva histórica y el abuso de las proclamas mediáticas acerca de la unidad europea –cuyo efecto inmediato es convertir en ordinario lo extraordinario– hacen difícil tomar conciencia del privilegio que se ha concedido a este tiempo, que se nos ha concedido a todos, al poner en nuestras manos la tarea de construir la Unión Europea. Una Unión a cuya gestación formal estamos asistiendo en sus últimos plazos.

Ciertamente, somos testigos tan sólo de su gestación *formal*, porque la unidad *real* es una tarea pendiente, una tarea no sólo –ni en primer término– política y económica. Si nosotros, europeos, estamos verdaderamente convencidos del futuro de nuestra tarea, de que en nuestras manos está la oportunidad de Europa en el siglo XXI, hemos de asumir el protagonismo que hasta ahora han desempeñado en exclusiva burócratas, políticos y economistas. ¿No ha llegado ya la hora de que entren en escena los hombres y mujeres de la vieja y vasta Europa? Sí, vivimos un momento excepcional: ¿podrá decirlo así el porvenir? Por primera vez desde la Cristiandad medieval la historia se vuelve, no hacia el pasado, sino hacia el futuro, y aparece –todavía desdibujada en el fondo del escenario– la silueta de un ideal humano de unidad que busca realizarse institucionalmente.

La unidad europea está por construir. Por muchas directivas comunitarias, por muchas ordenaciones comunitarias del mercado y demás literatura burocrática, la unidad de verdad está por hacerse y así lo estará mientras no nazca en el interior de los europeos el ideal de Europa, lo que identifica y hace identificar los anhelos de los hombres. Ciertamente, en la búsqueda de esa identidad, muchos se quedan sólo con la esperanza puesta en el Euro. Otros, sin embargo, soñaron y sueñan una patria –no monetaria, no geográfica, no cercada, no aduanera, sino espiritual– un solar y un refugio común para los hombres y mujeres que aspiran a la realización de unos determinados valores que dignifiquen al ser humano.

En definitiva, ¿sobre qué modelo de hombre se construye la nueva Europa? ¿Qué identidad humana será el fundamento de la identidad europea? Porque no podrá darse la unidad europea real sin identidad humana en la que enraíce y se arraigue. Tres obstáculos, sin embargo, amenazan la semilla tiempo ha sembrada con agostarla o con malograr el fruto esperado.

El primer obstáculo nos lo muestra una simple mirada a la situación humana de la realidad europea. El panorama no invita precisamente al optimismo. Paradójicamente, el indudable progreso económico que ha impulsado eficazmente el proceso

de unidad y las enormes expectativas generadas por el mismo se han vuelto contra el hombre. Sigue sucediendo lo que ya en la primera mitad del siglo denunciara agudamente Mounier: que la razón económica ocupa el centro del ser humano, desplazando a la periferia su verdadero e íntimo ser, privándole así de su propio sentido; es decir, *alienándole efectivamente al oscurecer su espiritualidad*: «El mundo moderno contra la persona». «No se puede contar mucho con las épocas satisfechas –escribe–, sólo las crisis conducen la mayoría de las veces a la meditación»¹.

La pérdida de la intimidad se traduce en la búsqueda obsesiva del bien-estar en detrimento del bien-ser. El bien-estar es, en primer lugar, la satisfacción de las necesidades inducidas de consumo, frente a las olvidadas necesidades espirituales de realización humana. Y es también el bien-estar la sensación paralizadora de estar salvados, porque lo único que importa es el presente ya satisfecho de cosas poseídas, frente al futuro de proyectos nacidos de la inquietud. Así es engendrado el *arquetipo humano que gestiona la razón desarrollista*, el hombre productor-consumidor, como le llama E. Chávarri².

Europa necesita más humanidad. ¿Dónde la ha de buscar? ¿En su viejo y agotado corazón? Si compartimos el diagnóstico de Lipovetsky, ese corazón ya no da para más. El agotamiento de los sueños movilizados produjo primero frustración y luego conformidad con el desencanto y aceptación benévola del vacío: «estamos ya regidos por el vacío, un vacío que no comporta, sin embargo, ni tragedia ni apocalipsis»³; un vacío convertido en sentido de la existencia y cómodamente aceptado como tal.

El segundo obstáculo lo proponen quienes han hecho del individualismo y la fragmentación su bandera, pues –aducen–, ante su evidente victoria, mejor es aceptar la derrota con realismo y adaptarse a las circunstancias sin agobios. Son los mismos que esconden la vergüenza y desnudez de la indiferencia con el ropaje de la tolerancia. Ante la sola propuesta de búsqueda de la identidad reaccionan escandalizados: ¿Identidad? ¿Qué identidad se puede buscar en la dispersión y la pluralidad? ¿Es locura semejante pretensión o indisoluble afán totalitario?

La objeción es seria. También aquí una mirada a la realidad provoca desaliento. Acontecimientos de progreso y humanización se convierten en obstáculos aparentes contra la identidad. Pensemos, por ejemplo, en el fenómeno de la inmigración. Los movimientos migratorios son una constante en la historia de la humanidad, pero, sin duda, nunca han revestido ese carácter tan masivo y desesperado como en nuestro tiempo, porque, aunque el sufrimiento provocado por la miseria y la persecución sea la misma causa de siempre, nunca como ahora los medios de comunicación habían puesto ante los ojos del hombre desesperado, de modo tan palpable y en contraste tan escandaloso, la existencia de un *paraíso* en el Norte. Pero los ideales de asilo y libertad que engrandecieron el espíritu europeo perecen, al tiempo que florece el recelo ante el extranjero. Y así también el ideal del enriquecimiento intercultural, del cual se alimentaron los museos europeos, a menudo mediante el expolio, se convierte en conciencia generalizada de que la barbarie viene de los otros.

¹ E. Mounier: Manifiesto al servicio del personalismo, Revolución personalista y comunitaria, *Obras completas*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1992, vol. I, pp. 589 y 170

² E. Chávarri: *Nuestro arquetipo humano*, Ed. San Esteban, Salamanca, 1997, pp. 108 y 132 y ss.

³ G. Lipovetsky: *La era del vacío*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1992, p. 10

Hay, finalmente, otro obstáculo que se opone a esa pretendida identidad europea. El antagonismo entre dos mundos, que amenazaba la paz y la seguridad de los hombres, se ha resuelto. Pero de dos imperios hemos heredado uno: el *american way of life* triunfa en todos los frentes y se impone victorioso en la más dramática y preñada de futuro de todas las batallas, la batalla del espíritu.

Los acontecimientos señalados, cargados en sí mismos de ambigüedad, nos muestran un escenario diferente, plural, en el que la cuestión de la identidad se puede plantear en estos términos: ¿es posible construir una identidad europea en una Europa no europea, en una Europa plural? ¿Son compatibles ese deseo de identidad y la tolerancia en la pluralidad?

Esta cuestión no tiene nada de teórica y se plantea en la vida cotidiana en multitud de situaciones, de las que sólo una mínima parte –la más noticiable– trasciende públicamente. Baste con recordar aquí las numerosas discusiones planteadas a propósito de los usos y costumbres –reivindicados como elementos de identidad– de los grupos musulmanes en Francia (desde la inocua cuestión del uso del *chador* en las escuelas hasta el dramático asunto de la ablación de clítoris, pasando por la poligamia).

Los ejemplos citados son emblemáticos, porque no sólo nos ilustran acerca de la enorme pluralidad que ya está presente en Europa, sino que también nos hacen tomar conciencia de las complejas dificultades que hay que abordar: ¿puede pretenderse una integración europea de las minorías a costa de su pérdida de identidad? ¿Pueden éstas minorías exigir el respeto a cualquier manifestación de su identidad, por aberrante que nos parezca? ¿Cuáles son los límites, si es que debe haberlos, de la tolerancia? ¿O más bien debemos proclamar también en este ámbito de cuestiones el ya dominante principio de *laissez faire, laissez passer*?

Es el conflicto entre la identidad universal y la identidad particular, cuya solución –como explica el Profesor Pérez Tapias– pasa por «la dialéctica universalidad-particularidad, que permite resisitir a dos peligros inversos. Uno es el del *universalismo abstracto*, insensible a la realidad de los individuos y de su entorno sociocultural y que cuando pretende vigencia normativa se queda en un vacío antropológico que le resta incidencia [...] El otro es el de un *particularismo exacerbado*, vuelto sobre sí mismo en una cerrazón que lo descalifica moralmente y lo desautoriza desde el punto de vista de la reflexión crítica, pues quebranta los presupuestos del ejercicio de la racionalidad y pretende negar lo universal antropológico»⁴.

Esa dialéctica puede articularse, en un *universalismo transcultural*, un *universalismo desde y a través de las diferencias*, en el que se realicen ciertos valores aceptados por todos desde la racionalidad dialógica y desde las exigencias nacidas de la condición humana: lo que universalmente conocemos y aceptamos como derechos humanos⁵. Estos constituyen un límite de *humanización* frente a todo derecho a la identidad propia y a la diferencia, de manera que, en caso de conflicto, ellos representan la primacía de la identidad universal frente a las identidades particulares.

«La identidad cultural de Europa no es un quimera». Pero tampoco «es equipara-

⁴ J. A. Pérez Tapias: El vértigo del universalismo y los límites de nuestras identidades, *Pensar lo humano. Actas del II Congreso Nacional de Antropología Filosófica*, Iberoamericana-SHAF, Madrid, 1997, p. 300

⁵ Cf. id., pp. 301-304

ble con la identidad que esperamos alcance la futura Unión Europea»⁶. Entonces ¿qué valores antropológicos de la tradicional identidad europea debemos conservar e incluso rescatar del olvido y el agotamiento para proyectarlos hacia el futuro precisamente porque ya no son sólo europeos sino del patrimonio universal de la humanidad? ¿Sobre qué modelo de identidad humana queremos, pues, construir la unidad de Europa?

Para muchos Europa aparece «como *mediadora histórica* del universalismo de la razón. Europa no sería lo que es, sin este papel: él pertenece a su identidad»⁷. No sé si esta afirmación es sostenible en general o más bien una pretensión inaceptable del etnocentrismo europeo. Tampoco pretendo aquí fundamentarla o refutarla con argumentos históricos. Más me interesa aplicarle a ella el imperativo kantiano para exigirle a Europa que obre como si verdaderamente fuese mediadora histórica del universalismo de la razón. Porque la razón es un constituyente universal de la persona. Y es precisamente acerca de la persona, como valor de identidad humana y fundamento antropológico para la unidad europea, sobre la que quiero decir una palabra para concluir mi intervención.

La persona es la raíz de los valores universales de identidad humana y al mismo tiempo la raíz de los valores particulares que componen la pluralidad. Ella unifica en sí los unos y los otros y hace posible la mediación entre unos y otros; en ella las identidades particulares legítimas son acogidas en la universalidad humana.

Pero el concepto de persona no puede quedar inoperante permaneciendo reducido al ámbito de la pura abstracción. Una de las maneras históricas que ha tenido Europa de realizar el concepto de persona ha sido a través de la idea de ciudadano, el sujeto encargado de llevar a cabo el ideal humano de libertad, igualdad y fraternidad. La historia, sin embargo, nos muestra qué somos capaces los hombres (y no en poca medida los europeos) de hacer con estos ideales humanos de valor universal.

No obstante no debemos abandonar esta senda de humanización que supone el lema libertad-igualdad-fraternidad. Pero sí debemos profundizarla para construir sobre ella y hacerlo realidad el sueño de la unidad europea. Se profundiza en ella si se la fundamenta sobre una idea de persona. Se trata de una meditación aquí sólo apuntada y sobre la que obviamente no puede abundarse más en esta ocasión.

La persona es, en primer lugar encuentro. No hay libertad sin encuentro. Si el hombre es un ser no-perfecto, es decir, inacabado, tiene en sus manos la posibilidad de llevar a término su tarea, la tarea de su propia existencia con libertad. De ahí que el ser humano sea un encuentro de libertades, cuya condición de realización en plenitud no es precisamente la libertad omnimoda, sino la categoría de encuentro, el reconocimiento profundo de que la voluntad propia siempre tiene consecuencias en el otro. La realización del ser en libertad y en plenitud no puede, pues, prescindir del otro, porque la persona es estructura intencional, apertura radical al mundo y a los otros. Desde que Feuerbach enunció el carácter esencialmente comunitario del hombre y la limitación de la soledad, la reflexión sobre el ser del hombre ha tenido

⁶ H. Lübke: Europas Identität und die europäische Einigung, *Das geistige Erbe Europas*, Vivarium, Nápoles, 1994, pp. 195 y 197

⁷ W. Kluxen: Europas Identität und seine philosophische Erbschaft, *Das geistige Erbe Europas*, op. cit, p. 180

siempre presente este carácter: «El encuentro del hombre consigo mismo, sólo posible y, al mismo tiempo, inevitable [...] no podrá verificarse sino como encuentro del individuo con sus compañeros, y tendrá que realizarse así»⁸.

Pero todo encuentro va cargado de una presencia. La persona es, en segundo lugar, presencia. No hay igualdad sin presencia. No hay igualdad sin el re-conocimiento activo e influyente de la presencia del otro en mí. Re-conocimiento, es decir, conocimiento de que el otro, aun en su diferencia aceptada, es igual a mí, y, por tanto, en su presencia conocida me re-conozco. «Únicamente cuando el individuo reconozca al otro en toda su alteridad como se reconoce a sí mismo, como hombre, y marche desde este reconocimiento a penetrar en el otro, habrá quebrantado su soledad en un encuentro riguroso y transformador»⁹.

La desigualdad, por el contrario, es la extrañeza de dos seres. La extrañeza, la extranjería –¡ay Europa!– es ignorar la presencia del otro. La igualdad, entonces, no se construye desde el igualitarismo y la asimilación de las minorías de múltiples maneras impuestas, sino desde el reconocimiento de su presencia y la aceptación de su diferencia.

Pero que un hombre –y más una sociedad– supere la frontera de la distancia y perciba una presencia real es un misterio que tiene lugar en el ser personal. La persona es, en tercer lugar, misterio. No hay fraternidad sin misterio. El misterio no nos interesa por su oscuridad, sino porque él es el signo difuso de una realidad más rica que las evidencias inmediatas. Su valor está en la presencia que anuncia. Que el desconocido se convierta, por el mero hecho de su presencia ante mí, en un hermano es penetrar en el misterio de la realidad personal más profunda. Pese a quien pese, y a pesar del impulso secularizador de la Revolución Francesa, el ideal de la fraternidad tiene orígenes y resonancias religiosas, porque la fraternidad se deriva de la común filiación de los hombres respecto del mismo Padre. Una vez más, el misterio de la persona en su plenitud.

Pero que nadie se escandalice. No propugnamos la vuelta a la Cristiandad medieval. Asumimos el convencimiento de Mounier de que debemos «dar testimonio de unos bienes que no serán nuestras propiedades»¹⁰. No, afortunadamente no es propiedad de Europa este ideal. ¡Ojalá lo fuera!, siquiera en parte; de manera que sobre él construyese el futuro de una Unión al servicio de la persona. Tenemos en contra nuestra el cansancio secular y el vacío de las doctrinas no convertidas en acción. Por eso es necesaria una transfiguración del conjunto de valores que constituyen nuestra identidad para su reintegración universal. Esa es una tarea que está por hacer y, ciertamente, no corresponde a la Comisión Europea ni al Parlamento llevarla a cabo. Esa tarea no se hace por decreto, sino a partir de la educación de las convicciones. Es un camino «en el que sabemos que nunca estaremos ociosos, nunca desesperados. Nuestra obra está más allá del éxito, nuestra esperanza más allá de las esperas»¹¹.

⁸ M. Buber: *¿Qué es el hombre?*, F.C.E., Madrid, 1979, p. 144 y ss.

⁹ Id., p. 145

¹⁰ E. Mounier, op. cit., p. 170

¹¹ Id., p. 166